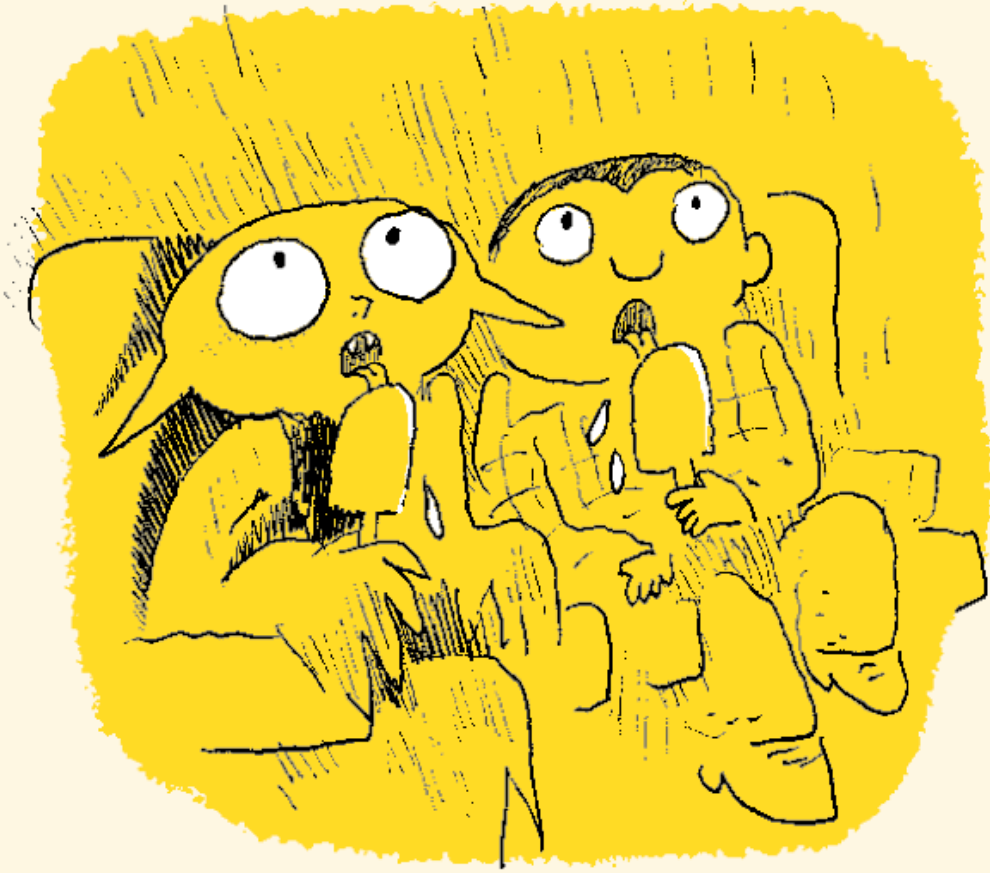
El Pequeño VAMPIR

de Joann Sfar



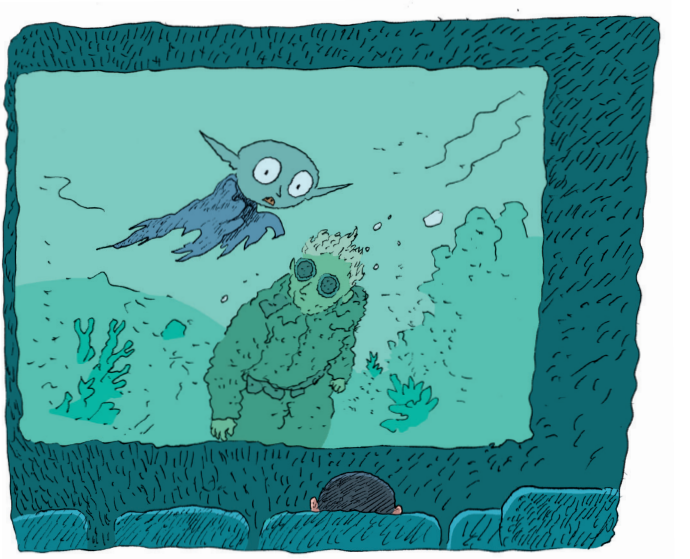
En:

«LA PELI DE TERROR»

Una producción de Fulgencio Pimentel
(e hijos) para todas las edades

En: "LA PELÍ DE TERROR"

Traducción de Rubén Lardín
y César Sánchez



fulgencio pimentel
e hijos

☆ Color
de Brigitte
Findakly ☆

¿Hola?
MAD MAX

—Hola, Vampir. Soy Miguel. Tengo miedo.

—¿Miedo de qué, Miguel?

—De que voy a ir al cine a ver una peli de terror —respondí.

—¡Hombre, pues no vayas y ya está!… —me dijo Vampir—. Además, las pelis de terror no son precisamente para niños.

—Ya lo sé, Vampir, pero no es tan fácil… Es que le insistí mucho a mi yayo para que me llevara a verla, y ahora qué le digo, no puedo rajarme… De todas formas, podrías venir conmigo. Habíamos pensado en ir en sesión de tarde, a primera hora. ¿Tú crees que te dejarán salir a plena luz del día?

—Mmm, no sé, está nublado… Voy a probar.

Capítulo 1
Helado y muertos vivientes

Vampir pidió permiso a sus padres, y le dejaron con la condición de que se pusiera crema solar, gafas de sol enormes, un impermeable y un gorro de pescador de bacalaos. Y así pudo acompañarnos a mi abuelo y a mí al cine que había en la calle Victor Hugo.

Mientras lo esperábamos, mi yayo hablaba con la taquillera y yo miraba temblando un cartel gigante que decía: *El comando de los muertos vivientes*.

—Si te da tanto miedo, ¿por qué quieres verla?

—¡Hola, Vampir! Jo, qué guay que hayas venido, así tendré menos miedo.

La taquillera nos explicó que ponían dos pelis

VARIETE
Alguna vez fueron casi humanos...
El comando de los MUERTOS VIVIENTES

seguidas por el precio de una. La primera sería *El comando de los muertos vivientes* y, después, *Los monstruos del espacio*. Luego le preguntó a mi yayo si le parecía buena idea dejarnos verlas.

Mi abuelo nos miró sonriendo y nos preguntó si de verdad nos apetecía ver aquella película. «¿De verdad os interesan los zombis?». Vampir respondió que a él le daban lo mismo y que había venido solo por mí. Bah… Yo saqué pecho y respondí que a mí sí que me interesaban. Me interesaban *mucho*. Mi abuelo nos dijo que a él no le gustaba tratar a los niños como si fueran tontos. Vaya, que si queríamos verla, él no nos lo iba a prohibir. Pero que no le dijéramos nada a la yaya, porque se conoce que la yaya no opinaba igual que él acerca de que los niños fueran al cine a ver pelis de mayores.

Estábamos prácticamente solos en la sala. Nos sentamos por la mitad. Antes de que se apagaran las luces, mi abuelo me dijo que no me agobiara, que nada de lo que sale en estas pelis existe en la realidad. «Los zombis y todo ese rollo no son

más que actores con maquillaje. Si te fijas, podrás verles las costuras de los disfraces y los pegotes de pegamento en las manos y la cara».

Sonará absurdo, pero aquello me puso aún más nervioso. De pronto, se apagaron las luces. Me corté de preguntarle a Vampir si conocía zombis de verdad, no fuera a responderme algo que yo no quería oír.

El yayo se puso a roncar en cuanto salieron las letras del principio. La cosa empezaba con unos científicos americanos que se bajaban de un barco para explorar una isla tropical. Iban seis o siete en una lancha neumática en dirección a la isla. Cuando atracaron, el motor se detuvo y se escucharon ruidos como de mordiscos y de caparazones rompiéndose y de bocas extrañas chupando cosas. Me puse pálido como una sábana y me giré hacia Vampir para preguntarle si no le parecía que aquellos ruidos daban más miedo que ni sé. Vampir dejó de chuperretear su polo de fresa y frambuesa y los ruidos cesaron de golpe.

—¿De qué ruidos hablas, Miguel?

—Nada, que pensaba que había un monstruo en la película y resulta que eras tú chupando el polo como un cerdo…

—Ya me gustaría verte a ti comerte un helado con estos colmillos en puncha. ¿Está bueno el tuyo?

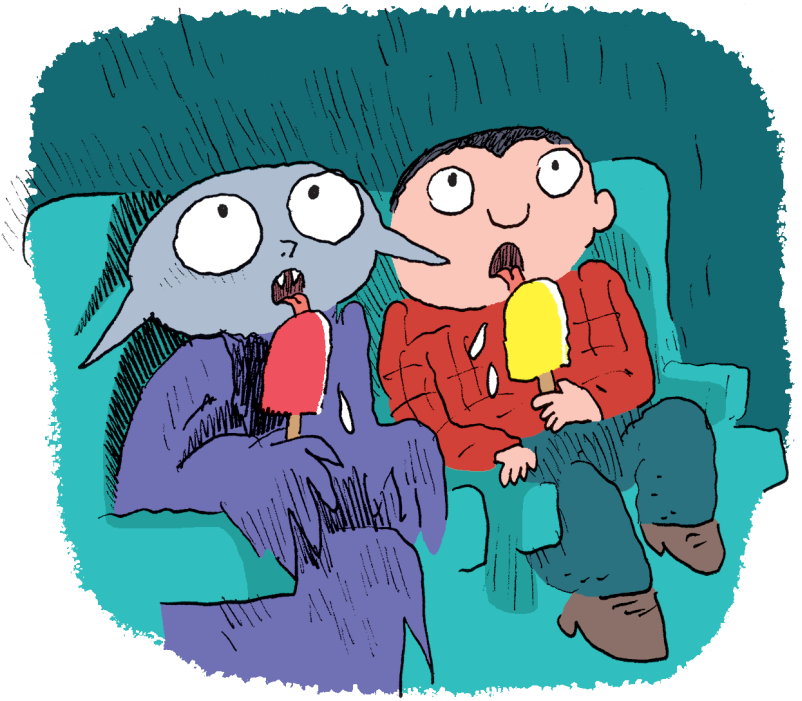
—El mío es de fresa-limón, ¿quieres probar?

—¡Puaj! ¡Tú sí que eres zombi, que te gustan esas mezclas!

Nos reímos. Uno de los pocos espectadores nos chistó: «¡Chssst!».

Yo le hice también «¡Chssst!» a Vampir, y Vampir me respondió con un «¡Chsssst!» a mí. El yayo seguía roncando a su bola.

A todo esto, los científicos de la peli habían empezado a meterse en líos. Después de separarse para explorar la isla cada uno por su cuenta, a uno no se le había ocurrido nada mejor que hacer que meterse en una ciénaga. El agua le llegaba a las rodillas. Teníamos muchas ganas de gritarle que volviera con sus amigos, pero no queríamos molestar al resto de espectadores. A mí me



sudaban las manos. Me las metí debajo del culo y me empezaron a hormiguear como si hubiera tocado ortigas. Intenté mover los dedos de los pies al fondo de las zapatillas. Estaba seguro de que en esa peli iba a pasar algo horrible y asqueroso.

A ver, no tenía el mismo miedo que tiene uno en la vida real. Sé de lo que hablo porque ahora

tengo ya cuarenta y ocho años, y es otra movida. Uff, si hiciera una lista de los miedos de verdad que he tenido en la vida me haría falta un libro de 736 páginas. Porque a mi edad todavía soy un miedica total. Tengo miedo de morirme. Tengo miedo de que se muera la gente que yo quiero. Tengo pánico al dolor. Me cago cuando tengo que ir al dentista, que, en serio, no sé con qué derecho viene ese tío a toquetearme la boca. No sé, a veces pienso que preferiría ir al veterinario a que me pusiera la inyección letal antes que volver a pasar por un «escultor dental» de esos. No, no, que me pongan la inyección letal. O, por lo menos, anestesia general.

He tenido mucho miedo cada vez que me he dado cuenta de que iba a tener que pelearme. Son esos momentos en que la tensión aumenta en cuestión de segundos y uno sabe que va a ser inevitable. A hablar en público, sin embargo, nunca he tenido miedo, porque tampoco puedo tener todos los miedos del mundo. Cuando te peleas tienes que hacerle creer al tipo que tienes

delante que estás completamente loco, y entonces será él quien tendrá miedo. Hay que poner los ojos saltones, rollo Picasso. Ojos de huevo. Esto lo digo porque Picasso no es que tuviera ojos de huevo, lo que pasa es que los abría mucho cuando veía que le iban a hacer una foto, no fuera a pensar nadie que no era un gran artista. Un día, Picasso se presentó muy nervioso en el ayuntamiento de Antibes y dijo: «Están construyendo una casa delante de mi chalé que me tapa las vistas. Cómo me van a tapar las vistas a mí, que soy el mejor pintor del mundo. Hay que derribarla, ¿comprende?». El alcalde de Antibes se lo quedó mirando y le dijo que nanay. Y quizá aquel día Picasso pasó más miedo que en toda su vida, porque el miedo es así. Hay cosas que dan miedo aunque sean una idiotez, como cuando el pintor Chagall estuvo a punto de comprarse una casa en la calle del pintor Matisse.

Cuando te peleas, tienes miedo de que te salten los dientes o de que te aplasten la nariz. Si ya os han roto la nariz, sabréis que, a partir de

ahí, es fácil que te la rompan doscientas veces más. Otras veces, de lo que más miedo tienes es de hacer daño a la persona que tienes enfrente. Voy a sonar muy macarra pero, cuando das un cabezazo, y hablo de cabezazos entre adultos, lo primero que piensas es: «Espero que este tío no acabe en el hospital». Cuando eres mayor es imposible pelearse sin pensar que, con un poco de mala suerte, uno de los dos puede morir. En las pelis, los malos matan a la gente sin remordimientos de conciencia. Con cuarenta y ocho años, no me acabo de creer que a los asesinos no se les ponga un nudo en el estómago. También puede ser que mates a alguien y te dé un poco igual. Y en ese caso hay que mantenerlo en absoluto secreto, porque a nadie le interesa que haya un asesino suelto por ahí. Al hijo de un amigo mío lo atacaron la semana pasada en Niza, en un vagón de tranvía. Los asaltantes le gritaron: «Te vamos a patear la cabeza». Y quizá habrían sido capaces de hacerlo. Eso da miedo de verdad: encontrarse cara a cara, en la vida, con alguien tan

idiota como un zombi, alguien capaz de quitarte la vida sin pestañear. Sin remordimientos.

Perdón por el paréntesis, era para explicar que todo esto no tiene nada que ver con el miedo que dan las películas. Yo creo que pasar miedo con los libros y con las películas es bueno. Porque ocurre todo en una sala de cine y, para escapar,

basta con cerrar los ojos. Si en el mundo real un fulano me dijera: «Te voy a patear la cabeza», no tendría ningún sentido cerrar los ojos, como si con eso fuera a desaparecer. El cine me encanta. Puedes enfrentarte al terror sin plantearte si tienes que soltarle un puñetazo a uno o hundirle los huesos de la nariz hasta el cerebro.

Mientras os cuento este rollo, cuarenta años antes, por así decirlo, unos científicos idiotas se dedicaban a explorar una isla llena de zombis. Ellos no sabían lo de los zombis, pero yo había visto el cartel de la peli y lo tenía clarísimo. Los carteles y los títulos es que no pueden ser más obvios. Sabes que vas a ver *El comando de los muertos vivientes* y además les has visto los caretos en el cartel. Así que estás desde que empieza la peli esperándolos como un perro espera su salchicha. Yo preferiría que no me contasen nada. Un cartel bien grande donde pusiera: «Ya verás». O, si no, algo para despistar: una condesa besando a un capitán, o unos animalitos muy monos, y un título falso en plan *La condesa Kikí y sus conejitos*. Así no

sospecharía nada, estaría ahí tan tranquilo con mi helado y, de repente, ¡unos zombis nazis! No… En realidad, no funcionaría. Porque, con un cartel de condesas y conejitos, yo no iría ni por el forro a ver la peli, a no ser que se titulara *La matanza de la condesa de los conejos mutantes.* Y ni aun así, porque igual es alguna clase de trampa. ¿Y si es una peli de recetas de cocina? «Tome asiento, señora condesa, a continuación degustaremos un conejo con Lacasitos, confío en que le guste más que el filete con galletas de la semana pasada…». El bajón sería monumental. No quiero ni pensarlo. Casi mejor nos quedamos con el sistema que hay ahora, aunque los carteles *espoileen* a tope el contenido de las pelis. No solo eso. Yo, por ejemplo, detecto perfectamente cuándo el cartel de una peli del espacio me está diciendo en realidad: «Esta peli es un revival facilón y engañabobos de aquella saga llamada *La guerra de las galaxias* que te encantaba cuando eras niño». *OK, boomer!*, como dicen por ahí. Vale, ya me callo… ¡Cierre el pico, abuelo! ¡Vuelva de una vez a los zombis!